

## Rosana

Rosana era una joven atractiva, de esas de las que se suele decir que están llenas de vida. Tenía ojos azules rasgados y un pelo oscuro y ralo que le enmarcaba la cara con un corte bob. Sus pocos quilos de más no hacían sino resaltar su proporcionada figura. Había emigrado desde su Bulgaria natal para trabajar en Marbella hacía dos años. Era una chica lista, había aprendido a hablar español en muy pocos meses. Trabajaba de modelo en una agencia, nada importante, se dedicaba a modelar para catálogos y a desfilas con prendas de empresas locales. Además de eso, por la semana realizaba pequeños trabajos que le iban surgiendo, como limpiar casas, y los fines de semana que no la llamaban de la agencia servía copas en un bar.

Le iba bastante bien, sabía organizar su economía. Desde que había llegado enviaba dinero regularmente a sus padres, que la adoraban y la echaban mucho de menos. Ella también los extrañaba, les llamaba todas las semanas, y esas llamadas tenían el encanto agrisado de la nostalgia de su humilde infancia en Vidin. Además, casi había ahorrado para dar la entrada de un pequeño departamento en las afueras. Era bastante retraída, no tenía muchos amigos, cuando no trabajaba solía quedarse en casa viendo cine clásico con su gata Kitty. Tampoco le pedía más a la vida; así era feliz.

Un viernes por la noche, cuando preparaba la cena, empezó a tararear una canción. Era una melodía de los Rolling Stones, *Out of time*. Debíó habersele pegado por el reciente fallecimiento de Charlie Watts, porque había salido en todos los noticieros. Cenó con la melodía en su cabeza —*baby, baby, baby you're out of time*— y, como las notas que la habían invadido no la dejaban concentrarse en otra cosa, decidió meterse en la cama.

A la mañana siguiente se despertó con la cabeza entumecida, no recordaba con claridad las últimas horas antes de acostarse. Miró el celular y se dio cuenta de que era tardísimo; no había escuchado la

alarma. Tenía un montón de *whatsapps* de su jefa del bar, el último en un tono bastante enfadado. Normal, llegaba como tres horas tarde al trabajo. En ese momento se dio cuenta de que la canción de los Stones, que seguía sonando como de fondo, empezaba a aumentar de volumen hasta hacerse realmente molesta. Se le revolvió el estómago, sintió una náusea. Escribió a su jefa disculpándose, y la informó de que se sentía indispuesta y no iría ese día a trabajar. Se levantó a trompicones, se sirvió un vaso de agua, se tomó dos aspirinas y volvió a la cama. A pesar del ruido en su cabeza, se durmió enseguida.

Se despertó ya entrada la tarde, la luz se filtraba opaca por el ventanuco situado encima de su cama. Estaba empapada y muy confusa. Advirtió que no estaba acostada en la cama, sino de pie encima de un mostrador, y la humedad no salía de su cuerpo, sino que la rodeaba. Tenía literalmente el agua al cuello. Y entonces empezó a recordar.

No se encontraba en su habitación, ni en su casa. La vida que consideraba suya no tenía nada que ver con lo que había pensado hasta entonces. «Disociación», lo había llamado la psicóloga que la había atendido en el centro de menores en el que estuvo cuando era adolescente. Es una especie de espejismo que tu mente crea cuando no puedes soportar la realidad que estás viviendo. No podía explicarlo, pero lo había sentido muy real. Hasta ese momento.

Su infancia en Vidin había sido de todo menos idílica. Su familia era humilde, apenas podía mantenerse con los trabajos temporales que su padre iba encadenando. Era una niña solitaria cuya única ilusión consistía en ir a la escuela. Deseaba ser maestra, crear un mundo especial para otros niños que le permitiera también mejorar el suyo al mismo tiempo.

Su sueño se rompió cuando apenas era adolescente, al ser violada por un vecino cuando regresaba a casa después de clase. La relación con su madre, que siempre había sido distante, empeoró considerablemente: parecía que la culpaba a ella por lo que le había pasado. Tampoco ayudaba que su entorno la señalara a ella, en vez

de al culpable. No consiguió apoyo para superarlo, empezó a beber y su vida se complicó. Dejó de asistir al colegio.

Hubo más violaciones; en cierto sentido, el estigma abrió la veda. Llegó a engañarse con que eso era lo que ella realmente deseaba, sus heridas no le permitían ver que era el abuso lo que la había puesto en esa situación. Asimilar la violencia que ejercían sobre ella como su propia voluntad la llevó a intentar escapar de sí misma y a lesionarse. Esa contradicción la condujo a varios internamientos en centros de acogida y psiquiátricos.

Y entonces llegó él. Guapo, español, adinerado. Sólo tenía ojos para ella. Le hacía pequeños regalos, la llevaba a cenar en su flamante auto. Le decía que era especial, que no pertenecía a ese lugar, y Rosana se lo creyó. En unos meses, él se convirtió en todo su mundo. Era la única persona con la que se sentía contenida, a su lado estaba sanando. Por eso aceptó cuando le propuso regresar con él a España. Allí encontraría un buen trabajo con un sueldo digno que le permitiría progresar. Tal vez en el futuro podría estudiar y cumplir su deseo de ser profesora. Guardó sus escasas pertenencias en una maleta y emprendieron el largo viaje en auto.

Atravesaron el sur de Europa en tres extensos trayectos. La primera jornada salieron desde Vidin, pasando por Yugoslavia, Croacia y Eslovenia, hasta llegar a Italia. Esa noche durmieron en un hotelito en Venecia. Era la primera vez que Rosana veía el mar. Era feliz, como si estuviera viviendo su luna de miel. El segundo día atravesaron Francia hasta llegar a Barcelona, ya de noche. Se alojaron en la última planta de un hotel de la Diagonal. Desde su habitación tenían vistas al mar, una concesión de su amado en vista de lo mucho que la había impresionado. Pidieron que les subieran la cena y cenaron en la terraza, disfrutando del paisaje a pesar del clima nublado y plomizo.

A la mañana siguiente iniciaron el último tramo del viaje. Rosana pensaba que allí hacía muy buen tiempo, pero la lluvia les acompañó todo el camino. Bajaron por la autopista del Mediterráneo, y al llegar a Marbella continuaron unos veinte minutos

hacia el sur, hasta que otra señal en la carretera les informó de que habían llegado a Estepona. Se detuvieron delante de un edificio de color mostaza, con un rótulo rojo que ponía: «Club California». Entraron. Él se metió en una habitación y cerró la puerta. Ella se quedó paralizada a la entrada, con la maleta a sus pies. Comprendió demasiado tarde que no se iban a vivir Marbella, que su vida no iba a ser tan prometedora como él le había descrito. Escuchó cómo la vendía por quinientos euros. Vio como se iba sin despedirse. Ni siquiera la miró.

Esa noche la volvieron a violar. Le quitaron la documentación; le dijeron que tendría que prostituirse hasta cancelar la deuda de cinco mil euros que había adquirido con ellos, que sabían dónde vivían sus padres y que no le quedaba otro remedio que obedecer. Luego la encerraron en el sótano.

Al día siguiente por la tarde una chica le llevó algo de comida, un vestido transparente y unos condones, cuyo coste sumarían a su deuda, y la condujo arriba, a las habitaciones. Ya sabía lo que tenía que hacer. Esa noche llovió mucho. Cerca del amanecer la volvieron a encerrar en el sótano.

Se despertó. Escuchó los acordes de Out of time que sonaban en una radio a lo lejos. En ese momento fue consciente de que la habitación se encontraba inundada. El agua subía rápidamente. Las lluvias de los días anteriores habían provocado una riada. Se subió a la barra que estaba en el medio de la habitación. Su mente dejó de pensar. No habían pasado más de un par de minutos cuando volvió en sí con el agua al cuello. Debió de haber gritado, porque sintió a gente tratando de entrar a ayudarla, pero la puerta estaba cerrada con llave y no eran capaces de abrirla bajo el agua, que seguía subiendo. Definitivamente, *ya no le quedaba tiempo*.

## El novio solícito

Nunca me había sentido tan querida por un hombre. Por primera vez en mi vida un novio me trataba bien, presumía de mí, íbamos juntos a todas partes. Mis anteriores parejas, si es que podían llamarse así, parecían avergonzarse de estar conmigo en público.

Yo había sido una adolescente gordita, tímida y llena de complejos. Los niños se metían conmigo en el colegio. Llegué a sufrir acoso por parte de mis compañeros en los últimos años de básica. Luego me desarrollé y empecé a atraer a los hombres precozmente. Solían ser mayores que yo. Al principio me molestaba, pronto empecé a buscarlos yo como una forma precaria de parchear mi autoestima.

De forma paralela a mis primeras relaciones con el sexo opuesto, surgieron mis problemas con la comida. La utilizaba como un escape emocional a mi ansiedad. Cuando me sentía mal, comía, lo que me hacía engordar más y sentirme peor conmigo misma. Mi madre, que conservaba una hermosa figura a sus casi cincuenta años, no me decía nada, pero yo sentía como me juzgaba con sus actos: en la mesa me servía una ración de comida más pequeña que a la de mis hermanas y en mi cumpleaños compraba el pastel con menos calorías y me ofrecía menos trozo que a los demás. Mi trastorno alimentario fue a peor; empecé a vomitar y, de esa manera, conseguí mantener un peso aceptable a pesar de mis atracones.

La atracción que ejercía sobre los chicos me proporcionaba, al igual que la comida, un alivio momentáneo. Me hacía sentirme atractiva, deseada, aunque luego también me dejaba un regusto amargo. Me buscaban por el sexo, porque yo dejaba que siempre fueran más allá que las otras chicas para mantenerlos a mi lado. Cuando conseguían lo que querían de mí, solían dejar de hablarme. Solo volvían a llamarme cuando querían sexo, a lo que yo accedía porque me gustaba sentirme deseada, aunque yo nunca era la destinataria de cartas de amor, de flores u otras muestras de cariño.

Por el contrario, a mí me ignoraban, me mantenían escondida. No teníamos citas, no me llevaban a cenar o a bailar, no me presentaban a sus amigos y familiares. Eso me hacía sentir mal, pero en la intimidad eran tiernos, me deseaban, y de alguna manera eso me compensaba. Tampoco pensaba que me mereciera más.

Y en mi primer año de universidad conocí a Juan. Coincidíamos por las mañanas en la cantina de mi facultad, él me miraba desde lejos, sin atreverse a hablarme. Era alto, delgado, atractivo: ni siquiera me atrevía a pensar que pudiera estar interesado en mí. Después de unas semanas de vernos a lo lejos, el camarero me dijo que él había pagado el croasán y el café que había desayunado esa mañana. Lo busqué para agradecerse, pero ya se había ido.

La siguiente vez que nos encontramos me acerqué a darle las gracias. Le dije que me había sorprendido la invitación y me respondió que no entendía por qué, porque era la chica más hermosa de toda la cantina. Con una sonrisa tentadora, me dijo que le encantaría llevarme a cenar aquel mismo viernes.

Esperé el viernes con expectación. Estaba convencida de que algo iba a salir mal, yo no era de las que tenían suerte. Mi experiencia avalaba mi pesimismo, en ese momento los hombres solían desaparecer o proponer citas más *íntimas* en las que no tuvieran que exhibirme. Pero el día llegó, y una hora antes de la cita me llamó para preguntar dónde me gustaría que me pasara a buscar. Respondí que en mi portal estaba bien. Llegó puntual, timbró y esperó abajo. Estaba detrás de una gran caja de bombones, detalle que me pareció un poco cursi, aunque no me iba a quejar porque me trataran bien para variar.

Me llevó a cenar a un Foster's Holliwood, donde pidió costillitas con miel para los dos. De nuevo, me pareció un poco antiguo el gesto, pero lo compensó ampliamente con la conversación y con el encanto que mostró durante la cita. Me gustaba mucho. Él también se esforzó por demostrar que le gustaba todo de mí, hasta me dijo que le encantaba verme comer. Yo intentaba mantenerme a una distancia prudente, tratando de descubrir dónde estaba la trampa;

era toda una novedad sentirme admirada incluso por encima de mi mayor complejo. La noche resultó ser muy divertida, y terminó en mi portal con un beso. Media hora después me envió un mensaje en el que decía que lo había pasado muy bien y le encantaría repetir.

Día a día iba disipando mi desconfianza. Me llamaba a menudo, me enviaba mensajes cariñosos y aprovechaba cada oportunidad para verme, aunque fueran unos minutos. A veces me sorprendía a la hora del descanso en el trabajo con unos dulces y un cafecito. Salíamos a cenar todos los fines de semana, los viernes y los sábados, y después sesión de cine.

A los tres meses me presentó a su familia, que resultó ser muy normal, y me aceptaron enseguida. Con su madre congenié muy bien, me trataba mejor que la mía propia. Nos invitaba a comer los domingos alternos y preparaba a menudo mis comidas favoritas. La relación con el entorno de Juan no hizo sino afianzar nuestro noviazgo.

Mi madre se celó de mi relación con mi suegra, parecía que era incapaz de alegrarse por mi felicidad. Cuando Juan me propuso irnos a vivir juntos, ella exigió que también fuéramos a comer a su casa cada quince días. Solían ser almuerzos bastante tensos, pero mi novio siempre venía de buena gana. Solo contradecía a mi madre cuando se metía conmigo. Sus ataques empeoraron con sus celos, y enmascaraba con buena intención palabras hirientes sobre mi reciente aumento de peso. Juan le respondía que las personas felices suelen aumentar de peso cuando tienen pareja estable, y que yo estaba más guapa que nunca. Y no era algo que solo dijera, la intimidad entre nosotros era fabulosa, él me deseaba cada día más.

La convivencia también era muy buena. Aunque yo quería colaborar en casa, Juan insistía en que descansara al llegar del trabajo, él se ocupaba de la cena y de limpiar la casa. Como mi trabajo era estresante y tenía gran carga mental, llegaba a casa agotada, así que me dejaba mimar. Ni mis amigas se creían la suerte que había tenido, ninguna de sus parejas se portaba tan bien como mi Juan. Lo único negativo, señalaban, era que yo había

engordado. Lo decían por pura envidia. Era mi momento, parecía que no acababan de aceptar que por fin había tenido suerte. Las personas felices engordan, ¿no? Si había engordado ya adelgazaría...

Pero lo cierto es que estaba aumentando mucho de talla. Cada vez que le hablaba a Juan de mis complejos, él me demostraba que le gustaba más que nunca, y no solo con palabras. Cada vez que intentaba ponerme a dieta, su actitud conmigo se enfriaba un poco. Y yo, que estaba acostumbrada a complacer para que me quisieran, cedía.

Dos años después de empezar la relación con él me caí por la escalera y me rompí un tobillo. Que el médico me pesara antes siquiera de mirarme la pierna me molestó, porque mi caída se debía a un accidente, no a mi exceso de peso. Me dijo que tenía obesidad y que eso sería un problema para mi recuperación. Juan volvió a salir en mi defensa, respondiendo que hiciera su trabajo sin dar opiniones que no le han pedido.

Estuve un mes inmovilizada por mi lesión. Juan era incluso más atento que antes, me mimaba y me traía regalos y chucherías a todas horas. Cuando quise empezar a caminar, fui incapaz de levantarme. Mi tobillo, recién recuperado, no podía sostenerme, pero tampoco estoy segura de que pudiera hacerlo estando sano. En ese momento fui consciente de la magnitud de mi problema. Mi peso se salía de la escala de una balanza convencional.

Llevo varios años con Juan y me sigue cuidando. Me alimenta con comidas cada vez más calóricas. Hace meses que no puedo caminar. La última vez que me levanté fue para cambiarme a una cama especial que soportara sin problema mis 260 kilos. Ahora peso más, he perdido la cuenta. Vivo aislada del mundo, encerrada en mi cuerpo, dependiente por completo de mi solícito novio.



## Destellos

La vista es el sentido que siempre he estimado más. Cuando, a la edad de cuatro años, perdí la visión de un ojo como resultado de la torpeza de mi primo, de ocho, disparando con la escopeta de balines, aprendí por las malas a valorar el servicio que me daba el ojo que me quedaba.

Además, al poco tiempo, empecé a ir a la escuela. Allí descubrí el placer extraordinario que me proporcionaba la lectura. Los libros me llevaban a un mundo de ternura que me era ajeno, a países exóticos que estimulaban mi imaginación, a experimentar aventuras vibrantes que incitaban mis ganas de vivir. Eran una forma de aprender lo que nadie parecía tener tiempo de enseñarme. Se convirtieron en una ventana a través de la cual veía mi aburrido entorno rural de otra forma; de repente ya no se extendían ante mí monótonos paisajes, sino ecosistemas complejos llenos de vida: insectos, reptiles, mamíferos, aves..., que coexistían en hábitats no menos interesantes. Todo eso que me procuraba la lectura me hizo apreciar todavía más mi visión.

A los dieciocho años me mudé a Compostela a estudiar. Mi vida cambió: estudiaba, salía de fiesta, conocía gente. Este período excitante precedió una vida de adulta rutinaria y predecible. Encontré un trabajo en Madrid y conocí a un hombre que me gustó lo suficiente para casarme y animarme a reproducirme. El ascenso en el trabajo trajo consigo un aumento de responsabilidades. Criar a mis dos hijos y demostrar que estaba a la altura de mi puesto me dejaba poco tiempo para mí misma. El escaso ocio que me permitía lo consumía en centros comerciales, donde obtenía un despreocupado placer inmediato que me resultaba cada vez más efímero, y en unas vacaciones anuales en las que visitaba mi aldea.

El campo idílico en el que había crecido quedaba lejos en el aspecto espacial, pero ya era totalmente inaccesible en el plano emocional: la contaminación y la gentrificación lo habían transformado en mi

propio paraíso perdido. Buscar algo que ya no existía me deprimía, y dejé de ir.

Madrid, por su parte, era cada vez más asfixiante en verano, y en invierno, más gris y fría. Mis hijos crecieron y empezaron a establecer sus propias vidas, yo disfrutaba de una etapa más estable en el trabajo. Me divorcié, retomé el viejo placer de la lectura y comencé a cultivar nuevas aficiones. Descubrí la pintura, la teoría del color, la composición, la transparencia delicada de las acuarelas. La pintura me dio un nuevo motivo para valorar la visión de mi único ojo.

Por eso, cuando empecé a ver borroso me empecé a preocupar. Al principio, no mucho, lo atribuí a la vista cansada por las muchas horas de exposición a las pantallas, pero como me parecía que estaba empeorando decidí pedir cita en mi oftalmóloga. El diagnóstico no fue tranquilizador: tenía cataratas y debía operarme cuanto antes para que los daños en el cristalino no avanzaran. Aterrorizada como no había estado en mucho tiempo, hice caso a la sugerencia de mi doctora y me operé. Todo pasó muy rápido, no se presentaron problemas durante el posoperatorio y recuperé la visión en menos de un día. Volví a ver los colores con una intensidad renovada. No podía estar más contenta.

Sin embargo, la felicidad no duró mucho. Una semana después empecé a ver moscas. Pequeños destellos oscuros se cruzaban en mi campo de visión y entorpecían la percepción de lo que me rodeaba. Llamé a la oftalmóloga, que respondió que no me preocupara, que era una pequeña complicación normal y pasaría con el tiempo. Me vería la próxima semana para la revisión.

Durante esa semana los destellos, en vez de ir a menos, aumentaron. Además ya no solo eran oscuros, sino verdes, amarillos, rojos... Las tareas habituales me resultaban cada vez más complicadas, y me vi obligada a renunciar a mis grandes placeres, leer y pintar. Llegué a la consulta con la boca seca de la angustia. De nuevo, mi médica tenía malas noticias para mí: tenía fotopsia, producida por la separación del gel interior de la retina del ojo. Me

informó de que la fotopsia suele desaparecer por sí sola con el tiempo, pero en mi caso se había complicado y había que realizar una vitrectomía y reemplazar el gel para recuperar la visión. Tenía un hueco en el quirófano la próxima semana.

Volví a casa todavía más angustiada. Esa semana de espera se me iba a hacer eterna. No podía relajarme porque los destellos, siempre presentes, me recordaban mi problema y me imposibilitaban para realizar actividades que me distrayeran. Era un contratiempo que me absorbía, me encerraba dentro de mí misma. Veía los malditos destellos incluso con los ojos cerrados. Hasta que mi mente, cansada de luchar contra lo que no podía controlar, empezó a dejarse llevar.

Empecé a fijarme en los destellos, a observarlos. Las familiares moscas se alternaban con otras siluetas de vistosos colores. Las imágenes se presentaban ante mí con formas cada vez más nítidas. Surgían de la nada aves exóticas, hermosos animales existentes, pero también fantásticos, y paisajes tan hermosos como no había visto nunca. No sé muy bien en qué momento reparé en lo gris que había sido mi vida hasta ese momento. Mi vida en Madrid se limitaba a la supervivencia, y mi pintura no podía compararse ni remotamente con lo que tenía ahora ante mis ojos. Entonces decidí comprar un buen reproductor de audio y hacerme con una completa colección de audiolibros. Por supuesto, nunca me presenté a la cita para mi operación.

## La encuesta

«Sé lo que haces». Se encontró esta escueta nota en la puerta de su casa. No daba más datos, pero él ya sabía a qué se refería. Llevaba temiendo que lo descubrieran desde la primera vez, ahora solo le quedaba esperar a ver qué era lo que quería.

Los viernes hacían jornada intensiva en el trabajo y salían a la una de la tarde. Al llegar a casa, una media hora después, se dirigía a su escritorio y encendía su computadora. Abría uno de los documentos etiquetados como «Encuesta», escribía la fecha arriba a la derecha y dejaba el cursor colocado después de la primera pregunta. Luego encendía un teléfono prepago que tenía para ese fin, hacía la llamada y ponía en marcha la grabadora del celular.

Llamaba siempre a números de teléfonos fijos, al azar. A esas horas solía haber una mujer en casa. El corazón le latía con fuerza escuchando los tonos de llamada. Se le detenía por un segundo cada vez que alguien descolgaba y escuchaba una voz de mujer al otro lado del aparato.

—¿Diga?

— Buenas tardes —saludaba con su voz más profesional, ligeramente engolada—, llamo de la revista Cosmopolitan. Estamos realizando una encuesta sobre la salud y los hábitos sexuales de nuestras lectoras. Por supuesto, es totalmente anónima y sus datos serán tratados con la máxima confidencialidad.

—Verá, en este momento estoy un poco atareada...

—No se preocupe, no le robaré mucho tiempo. Además, al terminar la encuesta —les prometía— le ofreceremos un vale de descuento para comprar en las marcas que colaboran con nuestra revista y un número personal para participar en el sorteo de un iPhone.

Su interlocutora todavía no sabía que ninguna de las demás incautas había reclamado la promoción.

—Está bien —accedían—. Dispongo de diez minutos antes de que mi familia llegue a comer.

Solía empezar por preguntas muy neutras sobre su edad y su salud e higiene menstrual, e iba anotando sus respuestas en el ordenador. *Click, click, click*. Seguía preguntando los detalles de sus primera relación sexual, como la edad a la que se había producido, la edad de la pareja, el uso de métodos anticonceptivos... A medida que le iban respondiendo se iba envalentonando, su voz perdía profesionalidad y las preguntas se hacían más audaces. Se atrevía a indagar sobre relaciones sexuales recientes, masturbación, juguetes sexuales o sexo poco convencional, yendo cada vez más lejos, tentando a su suerte. Siempre terminaba preguntando cuándo podía verlas haciendo lo más atrevido que le hubieran confesado, ya fuera haciendo una depilación integral o usando el último modelo de Satisfyer.

En ese momento ellas reaccionaban de forma diversa: algunas colgaban el teléfono, otras se quedaban en blanco, sin saber cómo actuar, y otras le increpaban. En el fondo no le importaban sus intimidades sexuales, o por lo menos no eran lo más importante. Lo que le seducía era desafiarse para ver qué lejos podía llegar en sus indagaciones hasta el momento en que su interlocutora hacía una pausa, dudaba, y cuánto más podía avanzar hasta que ella se daba cuenta de lo inocente que había sido y, avergonzada, colgara el teléfono o se despidiera apresuradamente. No eran ellas las que lo excitaban, sino su sensación de poder sobre ellas, su capacidad para humillarlas.

Cuando colgaba, imprimía las encuestas, se abría la bragueta y se masturbaba sobre los papeles recién impresos. Al terminar, los introducía en una carpeta con la fecha y el nombre de la víctima, y los guardaba en un cajón cerrado con llave. Luego enviaba una copia del archivo de voz del celular a la computadora, presionaba el icono de guardar el documento, lo cerraba y apagaba la computadora. Solía recurrir a ese material para estimularse hasta que llegara el momento de llamar a la siguiente mujer. Tenía algunas favoritas que ocupaban un lugar especial en sus fantasías. Incluso

había vuelto a llamar a las que le habían gustado especialmente. Dios, cómo le excitaba volver a sentir su humillación al reconocerle y recordar lo que les había hecho. Estaba seguro de que la sensación de suciedad las acompañaría durante mucho tiempo, puede que incluso durante años.

Al principio tenía miedo de que le denunciaran. Los primeros días después de hacerlo se ponía tenso cada vez que tocaban al timbre, pensando que sería la policía que venía a detenerlo por perverso. Pero los días iban pasando y no venía nadie; él se sentía cada vez más seguro. Además, ¿quién lo iba a denunciar? ¿Quién se iba a acercar a una comisaría para decir: «Me han llamado para preguntarme sobre mis gustos sexuales y yo se lo he contado todo»? Seguro que eso ni siquiera se consideraba delito, con las penas ridículas que les imponían a violadores y a otros depredadores sexuales. Él no las había tocado, ellas habían accedido voluntariamente a contar lo que habían querido. Las había engañado un poco, eso sí, pero no les había quitado nada aparte de su dignidad.

Lo que no se esperaba era esa clase de respuesta. Esa nota lo tenía intrigado y un poco temeroso, nunca había sido un hombre valiente. Se preguntaba quién lo sabría y qué querían de él. Desde que leyó la nota no se atrevió a volver a llamar a ninguna mujer durante un tiempo.

Tardó seis semanas en volver a reunir el valor suficiente para volver a llamar. Se convenció a sí mismo de que debía de ser una equivocación; nadie podía saber lo que hacía, nadie podía haberle reconocido. La llamada de ese día resultó especialmente excitante. Era una chica bastante joven con una vida sexual interesante y llegó bastante lejos en sus confesiones, por lo que le debió haber causado una vergüenza enorme descubrir el ultraje. Seguramente se estaría atormentando preguntándose quién era el que la había llamado, si la conocía, por qué le había hecho eso a ella y qué haría con la información que le había sacado. Tal vez estuviera horrorizada, pensando que incluso podrían haberla grabado. Pensó que ella sería su nueva favorita. Estaba muy excitado.

Cuando se disponía a imprimir la encuesta sonó el teléfono. Una voz femenina lo invitó a que abriera su correo electrónico en la computadora y colgó. Él obedeció. El asunto del correo era: «Lo has vuelto a hacer». Se estremeció de los nervios. Abrió el correo y su computadora se empezó a llenar de decenas de ventanas emergentes que contenían vídeos de él masturbándose sobre las encuestas de sus víctimas, desde la perspectiva de su propia cámara web. ¿Quién podría haberlo estado espiando? ¿Quién tenía la capacidad para piratear así? El teléfono volvió a sonar. La misma voz, firme, le instó a que abriera el cajón donde guardaba las carpetas. Volvió a obedecer. Allí ya no había ninguna carpeta. En su lugar, había una jeringuilla y un vial en el que se leía: «Depo-Progevera 150 mg/ml suspensión inyectable. Medroxiprogesterona». Esa vez se estremeció de terror. El tono de la voz de la llamada se volvió más suave, tranquilizador.

—Está bien —lo calmó—, no te va a matar. De hecho, es un simple anticonceptivo. Miles de mujeres lo usan. Para ti solo tendrá un efecto secundario relevante, dejará de parársetete, y se te pasarán las ganas de andar acosando a nadie. Inyéctalo en el bíceps.

Él no dijo nada. Permaneció inmóvil.

—Si no lo haces —continuó ella— todos tus vídeos se harán públicos. Primero se los enviaremos a tu madre, que tal vez no entienda muy bien lo que está viendo, pero pronto descubrirá lo asqueroso que puede llegar a ser el que consideraba un hijo modélico. Después, a tus compañeros de oficina, seguro que pasan un buen rato contigo y se ríen pensando en quién lo habría imaginado del tímido del contable. Algunas de las compañeras incluso comentarán que te veían raro, que les parecías siniestro. Luego enviaremos los vídeos a los medios de comunicación, junto con tu historia. Una historia con gancho, ¿no crees? Los programas carroñeros se la rifarán. Puede que las mujeres que se sientan aludidas decidan denunciar; pondremos a su disposición todas las pruebas. Tus grabaciones y carpetas, junto con tu material genético, van a ir a la policía. Además, te aseguro que tenemos otras

maneras más persuasivas de convencerte, en caso de que todavía no lo tengas claro...

Las lágrimas le caían sin control por las mejillas. No se podía creer lo que le estaba pasando, pero no veía otra alternativa que hacer lo que le exigían. No sabía cómo, pero habían entrado en su computadora. ¡Por el amor de Dios, si hasta habían entrado en su propia casa y se habían llevado sus cosas!

—Es muy fácil —lo animó—. Inyéctate el contenido del vial en el brazo. Te estaré observando a través de la cámara, lo harás bien.

En ese momento se percató de que la lucecita de la cámara web estaba parpadeando. Obedeció en silencio. Las manos le temblaban. Clavó la aguja de la jeringa en el vial, tiró del émbolo para extraer el líquido, presionó ligeramente el émbolo hasta que saliera el aire que había en la jeringuilla, como había visto en las películas, y se lo clavó en el brazo. Lo logró, a pesar del estado de nerviosismo en el que se encontraba.

—Muy bien, ¡lo conseguiste! Nos vemos en tres meses. Y pórtate bien, te estaré vigilando —se despidió, antes de colgar.

Ese fue el primero de sus encuentros, que a partir de entonces se repetirían puntualmente cada trimestre. No sabía qué podía hacer para librarse de esa condena, nunca se atrevió a rebelarse. Ese también fue el último día de su vida que sintió excitación sexual. No volvió a acosar a ninguna mujer.

Las mujeres que habían sido acosadas por él, algunas de las cuales descubrieron en un foro de Internet que había otras mujeres que habían pasado por lo mismo que ellas, recibieron un correo electrónico explicándoles lo que había pasado, con un vídeo adjunto en el que se veía al ofensor inyectándose. Les aseguraba que no las volvería a llamar, ni a ellas ni a ninguna otra. En ese momento empezaron a sanar de un sentimiento de vergüenza y ultraje cuya intensidad no alcanzaban a entender. Al fin y al cabo, ni siquiera las había tocado.



## Hambre

Tengo hambre. Llevo un día entero sin comer. Por más vueltas que le doy no entiendo cómo he podido llegar a esta situación.

Hace dos años tenía una vida normal: trabajaba de secretaria en un empresa pequeña, vivía en un departamento en el centro con mi gata y con una amiga y disfrutaba de una vida social bastante intensa. Además, en mi trabajo acababan de contratar a una empresa de mensajería nueva, cuyo repartidor era tan atractivo que se había convertido en el destinatario de los suspiros de todas mis compañeras.

Por aquel entonces estaba soltera y feliz, disfrutaba de la compañía de mis amigas. Apenas me sentía sola; los pocos instantes en los que me podía abandonar a la melancolía llegaba mi gata Isidora, ronroneando, a recordarme que la tenía a ella, y que ella tenía hambre. Entonces la alimentaba y mi corazón se llenaba al mismo tiempo que su panza.

Mis problemas empezaron un par de meses después de la pandemia: mi empresa no pudo resistir la reducción de actividad y se declaró en quiebra, así que nos echaron a todas a la calle. En aquel momento no me preocupé, nunca había pasado tanto tiempo sin trabajar desde que empezara mi vida laboral. Todavía me quedaba un año entero de prestación por desempleo y, además, tenía algunos ahorros, lo que me animó a tomarme la vida con calma y a seguir formándome hasta encontrar un nuevo empleo. Era el momento perfecto para estudiar inglés, que me apetecía mucho, pero había ido posponiendo por falta de tiempo.

El último día de trabajo me encontré a Ricardo, el repartidor de la empresa, esperándome a la salida. Me dijo que en nuestros encuentros en la oficina había notado cierta atracción entre los dos y que le gustaría volver a verme; le parecía una lástima que nuestra relación se terminase sin haberlo intentado siquiera. Yo acepté.

Quedamos aquel mismo viernes. Me invitó a un cine al aire libre y luego fuimos a pasear al parque, bordeando el lago. Pidió que nos trajeran una pizza que comimos allí mismo, sobre el césped. Se mostró muy abierto y divertido, congeniamos, fue una noche perfecta. Luego me acompañó a casa. Todavía no había subido las escaleras y ya tenía un mensaje suyo contándome lo bien que se lo había pasado conmigo. Más tarde me envió otro para desearme que durmiera bien.

A partir de entonces, me despertaba todas las mañanas con un mensaje de buenos días, me escribía todas las tardes para preguntarme qué había hecho durante esa jornada y me enviaba las buenas noches antes de acostarme. Quedábamos a menudo, después de que él saliera de su trabajo y los fines de semana. De vez en cuando hacía alguna escapada a mediodía para verme, aunque solo fuera para darme un beso.

La relación progresó muy rápido; tanto, que a veces me daba vértigo. Pero él era siempre tan considerado, tan *perfecto* para mí, que no le puse trabas. A las dos semanas me dijo que me quería, a los dos meses nos fuimos a vivir juntos. La convivencia parecía tan buena como lo había sido el comienzo de nuestra relación.

A los ocho meses se terminó mi curso de inglés y me surgió un puesto de secretaria a media jornada en una empresa de logística. Ricardo me desanimó, consideraba que quedaba bastante lejos y que se me iba a ir el sueldo y el día en viajes al puesto de trabajo. Yo estaba ganando más con la prestación de desempleo y todavía me quedaban un par de meses, podía buscar algo mejor. En caso de que no lo encontrara, argumentaba, su salario sería suficiente para mantenernos hasta que me saliera otra cosa. Además, *ya se sabe cómo son los camioneros con las secretarias*, seguro que coqueteaban conmigo en el trabajo. Esa fue la primera vez que discutimos, yo ya estaba cansada de estar en casa, quería hacer algo. Esa actitud me sacó de quicio. Él se enfadó y no me dirigió la palabra en todo el día. Al día siguiente, me envió un ramo enorme de gerberas desde el trabajo, con una notita pidiendo perdón. Al llegar a casa volvió a disculparse, hicimos el amor y yo cedí. No

estaba renunciando a mi independencia, sus consejos eran por mi bien.

Pero mi prestación se terminó y me estaba costando encontrar un empleo. No hacía otra cosa que las tareas del hogar y buscar trabajo, pero no aparecía nada. Cada vez estaba más apagada, ni siquiera Isidora conseguía animarme. También me afectaba el distanciamiento con mis amigas, que desde el principio habían acusado a Ricardo de acapararme. Visto con un poco de perspectiva, sí que me había centrado demasiado en él, y con el tiempo, por culpa de la falta de dinero y la vergüenza que eso me ocasionada, mis salidas con ellas se enrarecieron todavía más. Poco a poco fueron dejando de llamarme.

Un día Ricardo llegó muy serio del trabajo. Lo habían despedido. Estaba furioso, le bastó un tímido comentario de ánimo mío para empezar una discusión. Me gritó, me amenazó, golpeó con su puño en la pared, según dijo, para no tener que golpearme a mí. Luego se fue y no volvió en dos días. Regresó arrepentido, con flores, más cariñoso que nunca. Excusó su comportamiento con la ansiedad que le causaba no poder proveer. En su caso, la prestación sólo duraría tres meses.

Se acabó la prestación y Ricardo no encontró trabajo. Nuestros ahorros se terminaron rápido. Un día llegó algo animado y me sugirió que podía abrir una cuenta de OnlyFans para generar ingresos. No tenía que hacer nada que no quisiera, y nos permitiría salir adelante hasta que uno de los dos encontrara empleo. Acepté. Por una parte, incluso me pareció bien, al menos estaría haciendo algo útil.

La primera semana fue horrible, la gente no paga por contenidos que puede conseguir gratis en cualquier parte. Empecé a actuar, a comportarme como pensé que se esperaba de mí. Mi nueva actitud modosita y desvergonzada me granjeó beneficios en poco tiempo. Aunque me parecía humillante someterme a los deseos de otros hombres, pudimos volver a pagar las facturas. Ricardo empezó a tratarme peor, decía que me estaba perdiendo el respeto. No

ayudaba en casa, se pasaba el tiempo jugando en línea con sus amigos o durmiendo. Hasta descuidó su higiene personal.

El mes siguiente generé ingresos que nos permitieron ahorrar. A pesar de ello, Ricardo me seguía tratando mal. La situación empeoró cuando un amigo suyo me descubrió. A partir de ese momento, yo no era más que una puta para él. Me obligó a cerrar la cuenta de OnlyFans, pero para él yo ya tenía una reputación. Nos mantuvimos otro mes con los ahorros. Vendimos algunas cosas. Luego su familia se ofreció a darle una ayuda, que apenas llegaba para los gastos. Entre la vida que llevaba y lo que él me despreciaba, incluso yo me perdí el respeto. La comida comenzó a escasear en casa. Empezó a echarme en cara que comía demasiado, y eso que solo hacía una comida al día, con suerte. La comida de Isidora también le parecía un derroche, me insinuó que tenía que deshacerme de ella.

\* \* \*

Tengo hambre. Hoy Ricardo me ha dicho que debería estarle agradecido, porque he vuelto a la talla treinta y seis de cuando nos conocimos. Lástima que no pueda comprarme ropa para lucir mi figura. Mi cara tampoco ayuda, claro, tan chupada y ojerosa. Esta tarde ha pasado algo que me alegra un poco: he encontrado un billete de veinte euros. Pienso que ese dinero no nos va a solucionar la vida, así que he salido a comprar unas chuletas de ternera, para que Ricardo se ablande y deje de tratarme mal. Tal vez así vuelva a ser como al principio. Cuando llega y ve la compra entra en cólera, me acusa de ocultarle dinero, de robar y a saber de qué más. Cambia de parecer al ver la carne, él tampoco come mucho últimamente, y se sienta a la mesa. Cuando estoy cortando las chuletas, susurra un *puta* apenas audible. Me ciego. Le clavo el machete en la cabeza. Menos mal que no vendimos el congelador. Ya no pasaré hambre por lo menos en un mes.